NUEVA ESPAÑA

EN SU ASPECTO LITERARIO.

Es fama que los antiguos mexicanos ó aztecas, y en general todos los aborígenes de Anáhuac, tenían grandísima habilidad para las artes del deleite y de la imitacion, de lo cual dan todavía inequívocas trazas sus infelices descendientes. Acostumbraban representar farsas risibles, á manera de pantomimas, en las que hacían de cojos, tullidos, jorobados, sordos y valetudinarios, soliendo terminarlas con mitotes ó bailes populares, de lo más alegre, pintoresco y bullicioso. En volatines, cuerdas colgantes, palos verticales y otros aparatos del mismo jaez, ejecutaban, con gran regocijo del concurso, difíciles volteretas, equilibrios y contorsiones, á semejanza de los modernos acróbatas ó funámbulos. Y á este tenor, diz que hacían otros trabajos y ejercicios, en que demostraban la fortaleza de su musculatura y el donaire y la agilidad de que por dón natural estaban agraciados. Cree D. Luis Fernández-Guerra y Orbe que las farsas mexicanas ejercieron alguna influencia sobre los bailes, pasillos, mojigangas y entremeses españoles.

No páran aquí las habilidades artísticas de los antiguos ge-

ñores de estas tierras. Graves cronistas, tan graves como Sahagun, Boturini, Clavigero y Veytia, hablan con seriedad de que componían obras literarias en forma, tales como discursos, fábulas, consejos morales, cantos heróicos y narraciones históricas. Por médio de la tradicion oral y de la escritura geroglífica llegaron estas composiciones, rudas y primitivas, á conocimiento de los conquistadores, que no satisfechos de que sus súbditos tuviesen alguna cultura, se esmeraron desde luego por cortar de raíz tan perjudiciales aficiones. La opulenta ciudad de Texcoco, emporio de civilizacion, fuente de sabiduría, foco y refugio de las artes chichimecas, fué designada con el halagüeño título de la Aténas del Nuevo Mundo. Allí floreció el gran rey Netzahualcóyotl, de quien se dice que era tan experto legislador é indómito guerrero, como profundo filósofo y excelso vate. En testimonio de su amor á la gaya ciencia se cita el hecho de haber perdonado, magnánimo, la vida, á cierto reo de muerte, que compuso unas bellas estrofas en que se despedía del mundo. D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, su descendiente y panegirista, hace hiperbólicos encarecimientos de sus altas facultades poéticas, y áun vierte en castellano y trascribe detenidamente, con gran complacencia y orgullo de familia, algunas de sus más notables odas filosóficas y elegiacas. Netzahualcóyotl, como Sócrates, en medio al paganismo más brutal, concibió la existencia de un solo Dios, á quien dirigió de continuo el perfumado incienso de su inspiracion.

Ciertas ó exajeradas estas noticias, resulta siempre que no eran del todo incultos y zafios nuestros heróicos antepasados, que hasta en sus concepciones teogónicas y cosmogónicas revelaban tener gran alteza de espíritu y mucha energía y claridad de percepcion.

Llevada á cima, con vária fortuna, la bélica empresa de la conquista, y gimiendo bajo el yugo ominoso de extraña dominacion, y lo que es más grave aún, de atroz y enervante fanatismo, pusieron en olvido los aztecas sus primeras manifestaciones literarias é imprimieron otro carácter á sus travesuras dramáticas, convirtiéndolas en una especie de rito religioso. No había funcion de Iglesia (y cuenta que todo el año se pasaba entre granjerías místicas y fiestas de guardar), en que no sacasen á lucir sus ingénitas gracias, bajo el amparo de cualquier ridículo santo de madera y la eficaz direccion de algun fraile sagaz y listo. El dia de Córpus, con especialidad, era famoso en todos los ámbitos de la colonia, y en él se echaba por la ventana lo ganado en el año con el sudor del rostro, y eran más tumultuarias y suntuosas las ceremonias de la raza conquistada, ébria de ignorancia y supersticion, y solícita en prosternarse ante los ídolos del catolicismo, y sobre todo, en pagar los diezmos y primicias, que era lo que más importaba á sus celosos directores espirituales y á los misioneros é intérpretes del Evangelio.

No todo, empero, puede censurarse en estas inocentes aunque costosas diversiones, gratísimas á Dios; pues que, si hemos de otorgar cédula de veracidad á Beristain de Souza, llegaron á ser representadas en lengua nahoa, varias comedias de Lope, Mira de Mescua y Calderon de la Barca. Es de suponerse que los arreglos y traducciones no serían de lo más primoroso; pero en fin, algo es algo, y siempre debe preferirse una mala comedia ó un auto abominable, á una danza ó tango en el interior de los templos, como con mengua de la ilustracion del siglo, se bailan todavía bajo las altas bóvedas del Santuario de Guadalupe. En otros pueblos, segun respetables escritores, las funciones de Iglesia y las farsas populares han solido ser orígen de la poesía dramática; mas en México, donde todo es ilógico y anómalo, sólo han sido orígen, por desgracia, del oscurantismo, la abyeccion y el estancamiento intelectual.

La vida monástica y penitente que llevaban los habitantes de Nueva-España no era de lo más á propósito para que germinase ni diese fruto género alguno de poesía, por más que sobrasen asuntos dignos del teatro y de la novela. Pocas épocas registra la historia tan llenas de venganzas, disturbios, autos de fé, suplicios y nefandas escenas, como la de los primeros años del dominio español en México. Muy á pechos tomaban aquellos cristianos caballeros lo de *la mejor razon la espada*, y no era raro que se dirimiesen á estocadas los litigios, ni que mercenario puñal ejerciese á merced de las sombras el augusto magisterio de la justicia. Se seguía al pié de la letra el retruécano prusiano: el derecho de la fuerza vence á la fuerza del derecho. Todo era escándalo, befa del deber, arbitrariedad, lucro ilícito y relajacion de costumbres. El sacrificio inícuo de D. Martin Cortés; el patíbulo afrentoso de los hermanos Ávila; las rudas faenas de los indios, que servían como de béstias de carga, bajo el duro látigo de Nuño de Guzman; los nocturnos asesinatos perpetrados á sangre fría por el célebre D. Juan Manuel; el enjaulamiento de Per-Almíndez Chirino y Gonzalo de Salazar; el motin del 8 de Junio de 1692, en que fué presa de las llamas el almenado palacio de los virreyes; la trágica y dolorosa muerte del Justicia Mayor, Rodrigo de Paz, y tantas otras menudencias por el estilo, pintan con vivos colores el tétrico cuadro de los siglos coloniales. Con revestir estos sucesos de formas literarias, é infundirles aroma de arte, se hubiera podido escribir patéticas novelas y conmovedores dramas, ó poemas y leyendas de palpitante interés y cópia de colorido y de verdad; pero los poetas andaban embelesados en cantar fruslerías místicas ó en besar la sotana de algun reverendo, si por acaso no eran tambien ellos gente de solideo.

Velemos las iniquidades de la conquista y los horrores de la colonia, diciendo con el robusto cantor de Trafalgar

crímen fueron del tiempo y no de España,

pero no ensalcemos tan infaustas edades, ni queramos la renovacion de semejante estado de cosas.

Dramáticos y novelescos de por sí, eran, pues, aquellos tiempos de tremendas desgracias é infortunios. El gran drama de nuestra historia se desenvolvía, como el apocalípsis en la imaginacion terrífica de San Juan, entre tinieblas, duelos y calamidades. Huitzilopóchtli, ávido y sediento de sangre, seguía siendo el alma del trágico poema. Flotaba su aliento exterminador sobre las pardas sombras en que se revolvían y agitaban los vencidos y los vencedores, como flota la tempestad sobre inmensa llanura sin abrigo.—Pero cuando el fúnebre clamor de los desastres públicos rasga los aires y se repercute en los tristes ecos de las montañas, difundiendo veloz el amargo lamento de la patria agonizante, recógese el espíritu en sí mismo, crujiendo de dolor, y tiembla, se horroriza y calla.

De aquí que dando de sí los tiempos tan sobrados elementos para la novela y el drama, ni dramas ni novelas se escribieran en México. Algun ejemplo en contra no invalida el aserto, porque no hay regla sin excepcion ni hace verano una sola golondrina.

La gente que está ó que presume estar en olor de santidad, no va al teatro, ni escribe novelas ni comedias, mucho ménos habiendo sido éstas anatematizadas, como tentaciones del demonio, por todos los santos padres, doctores y magnates de la Iglesia. Se observaba en la colonia, sin discrepar un ápice, el catecismo del Padre Ripalda, y se consumía y agotaba el jugo de la vida, entre el rezo, el ayuno y el silicio. De otra suerte, los contraventores, considerados como herejes, iconoclastas, luteranos y judaizantes, tenían que habérselas con el Tribunal de la Inquisicion, cuyos enérgicos argumentos,

cual tenazas candentes, hacían rendirse y doblegarse al más rebelde, aunque despues se desquitase con el *é por si muove* de Galileo. No se leían más que libros devotos y edificantes, tales como novenas, devocionarios, vidas de santos y la Biblia con notas. Los más aventajados solían deleitarse con las sutilezas y profundidades de San Juan de la Cruz y Malon de Chaide, ó con los éxtasis divinos y alucinaciones seráficas de Santa Teresa de Jesus. Á tal extremo llegaba en este particular el celo apostólico de los sacerdotes, que se prohibió, como es muy sabido, hacer versos y aprender ciencias profanas, y áun teológicas, á Sor Juana Inés de la Cruz, hasta que enfermó de no trabajar en el estudio, segun su biógrafo el Padre Diego Calleja, y hubo de levantársele la prohibicion.

La clerecía, autoridad omnímoda en la colonia, cuidábase bien de no permitir que las ovejas de su redil, se contaminasen y pervirtiesen con lecturas nocivas, obstáculo siempre para la salvacion del alma y para el goce purísimo de la salud eterna. Todo era vida contemplativa, recogimiento, cuchilladas á media noche, sermones, salmos, pleitos de golillas, repiques á vuelo, virreyes que iban y venían, maitines, *te deums*, juicios de residencia, procesiones y tributos crecidísimos para sostener el esplendor del culto. Los moribundos testaban gran parte de su fortuna para fundaciones piadosas y misas solemnes, que les salvasen de los martirios del purgatorio ó del infierno, y áun los buenos y sanos solían hacer donativos de cuantía á los conventos y á las casas de oracion; pudiendo decirse que el clero era siempre, en todo, el más artero, ladino y ganancioso. De esta manera se deslizaba la existencia de los habitantes de la colonia, que haciendo punto omiso de los asuntos terrenales, sólo se ocupaban en obtener indulgencias plenarias y en ganarse todas las delicias y comodidades de la vida de ultratumba. Los mandarines y los clérigos, más cautos y previsores, sí

se divertían y regalaban de lo lindo, ínterin les llamaba á juicio el Autor de todas las cosas.

El gobierno de la metrópoli secundaba las miras opresoras de los frailes, dictando severas restricciones y cortapisas al comercio y á la introduccion de libros. Las leyes disponían que se especificasen los catálogos de las obras que se trajeran á Indias: á las visitas de navíos asistían provisores de real oficio, para reconocer y revisar los libros, que eran objeto de nueva inquisicion al llegar á su destino, donde se recogían los que estuviesen marcados en los índices expurgatorios del Santo Oficio: designóse un premio especial á quienes denunciasen á los introductores de obras sin licencia: se gravó con exorbitantes cuotas la importacion de libros, exceptuando los de rezo, que se traían libres de flete y de derechos: mil arbitrios en fin se pusieron en juego, para que la luz de la civilizacion no traspasase el océano y viniese á iluminar estas infortunadas regiones. Ni siquiera las pocas personas que en México pensaban y eran capaces de escribir, podían comunicar el fruto de sus estudios, de su talento y de su experiencia á sus compatriotas, si no era en voz remisa y á hurtadillas de los opresores; porque no se podía dar á la estampa ningun libro, sin la prévia autorizacion del Consejo de Indias, con lo cual se prohibía de hecho la impresion de todos. De aquí proviene el que las bibliotecas de nuestros sábios y las de los extinguidos conventos, contengan ó hayan contenido tan inmensa cantidad de códices polvorosos, añejos pergaminos y tremendos infolios manuscritos. Á tal exceso llegó la cautela eclesiástica en este punto, que se impusieron trabas y limitaciones á la práctica ó ejercicio de los vocabularios de lenguas indígenas, para que únicamente los frailes poseyesen la clave de aquellos idiomas ó dialectos, y les fuera así posible ejercer mayor dominio sobre las conciencias. Aceptábase el sistema egipcio: sabiduría en

todo para los escogidos é iniciados en el conciliábulo monacal, é ignorancia, supersticion y esclavitud, para los profanos en los misterios sacerdotales. Como resúmen y compendio de todas estas taxativas, la enseñanza, si así puede llamarse, que se daba en los colegios y en la Universidad, era por demás exclusivista, fastidiosa, insustancial y canónica.

La perspectiva de los artistas era pues inmejorable. Los pintores mataban el tiempo y su inspiracion, pintando santos horribles, ánimas en pena ó *milagros* y alegorías absurdas para los retablos de las iglesias; los arquitectos construían lóbregos templos ó enormes conventos, atestados de celdas y remiendos, al capricho de los priores; los músicos componían misas de *requiem*, salmodias y cánticos de monjas; los escultores no hacían nada, porque no los había, pues los Coras y D. Manuel Tolsa, vivieron al finalizar el dominio español; los poetas hacían sonetos, letrillas y madrigales, con motivo de la consagracion de alguna capilla ó del cambio en el personal de algun curato, y cuando mucho vuelo daban á su númen, escribían autos sacramentales ó simbólicos, donde los cuadrúpedos solían ser encarnaciones de las virtudes teologales ó de los misterios de la fé. La literatura de sacristía era la que privaba. ¡Manjar delicioso para aquellos paladares de pasta angelical y divina! Y á fin de que los indios no pudiesen ocuparse ni en rastrear las huellas de sus antepasados, había destruido y pulverizado D. Fr. Juan de Zumárraga, los monumentos de piedra de la antigüedad gentílica; si bien D. Joaquin García Icazbalceta, en una biografía de aquel prelado que está escribiendo, le vá hacer pasar, segun se dice, como á un apóstol de la civilizacion y punto ménos que protestante, para probar que no por ardor católico, sino por cualquiera otro motivo, quemó ó destruyó los ídolos y geroglíficos de la gentilidad azteca. Si esto es cierto, que lo dudo, causará la obra una

verdadera revolucion entre nuestros arqueólogos, historiadores y bibliógrafos.

El arte más favorecido era el de la pintura; pero como los que lo pagaban eran los frailes, tenían los artistas que sujetarse á sus antojos y que pintar los cuadros del modo que se les indicaba, áun cuando fuese en abierta pugna con todos los principios de arte y de buen gusto. De aquí los grandes lienzos, llenos de figuras grotescas, que suelen ser el principal adorno de algunas de nuestras iglesias. La invencion propia estaba proscrita, ó por mejor decir, encadenada. Es inconcebible y asombrosa, por esto, la fecundidad sin ejemplo de Miguel Cabrera, insigne artista zapoteca, á quien se llama, no sin razon, el Lope de la pintura.

De semejante manera engrillada la inteligencia, era imposible que floreciese la literatura; la cual se agosta y marchita en el invernadero de la imitacion perenne ó en el recinto odioso de la esclavitud, y há menester de la frescura de la espontaneidad y del calor y la luz de la libertad, para lucir al aire libre sus nativos colores y exhalar sin diques sus perfumes exquisitos.

Los que sentían el ánsia de escribir ó se encontraban con aptitudes para hacerlo, refugiábanse en la historia, la teología y la ciencia. Larga es la lista de teólogos, cronistas, astrónomos, anticuarios, etc., que brillaron en la colonia, y no hay para qué trascribirla, pues el espíritu humano, anhelante siempre de extenderse en el tiempo y el espacio, se aviene, cuando otra cosa no puede, á la estrecha esfera de accion que se le permite. Y no se vaya á imaginar que en las materias históricas y científicas, atendida su utilidad, se gozase de mayor libertad que en las puramente literarias. Léjos de eso, el Consejo de Indias, al revisar los originales ó las pruebas de prensa, tachaba y corregía los pasajes desfavorables á los in-

tereses de España ó de la Iglesia; lo cual se hizo hasta con la historia del verídico, ingénuo y honrado Bernal Díaz del Castillo, testigo irrecusable y presencial de las infamias de la conquista. ¡Con razon el venerable pastor Bartolomé de las Casas, espíritu de mansedumbre, de paz y de justicia, fulminó los rayos de su indignacion y de su ira evangélica, contra los que envilecían el apostolado religioso y las altas funciones de la gobernacion de los pueblos!

Sólo teniendo en cuenta la fecundidad de nuestra patria en clarísimas inteligencias, puede concebirse que hayan brillado en las tres luctuosas centurias, varones tan ilustres como Sigüenza y Góngora, Clavigero, Velázquez de Leon, Cavo, Alzate, Veytia, Leon y Gama, Larrañaga, Gamboa y Lardizábal, luminares que se destacan del fondo negro de los siglos coloniales, como las estrellas se destacan del manto tenebroso de la noche.

Es digno de notarse que en las postrimerías de la dominacion española, cuando ya hervían en todas las clases sociales los sentimientos de independencia, próximos á hacer explosion terrible, fué cuando la musa mexicana preludió sus primeras trémulas notas en el arpa de oro de la poesía. Navarrete, Ochoa y Acuña, Fernández de Lizardi, Sánchez de Tagle, Ortega y Quintana Roo ponen en evidencia mi afirmacion. Algunos de ellos, y otros nuevos, formaron luego el grupo de escritores que produjo cierto movimiento literario, tras el triunfo memorable del ejército trigarante.

El albor de nuestra independencia bañó con luz de libertad y de gloria la cuna de nuestra literatura.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE PEON Y CONTRERAS.

(PRÓLOGO)

Tengo tan extraordinaria satisfaccion en escribir el presente prólogo para las obras dramáticas del egregio poeta mexicano José Peon y Contreras, que no siendo parte el conocimiento de mis escasas fuerzas á disuadirme de acometer tamaña empresa, digna de más adestrada pluma que la mia, he vencido mi natural desidia y puesto manos en la obra con todo el entusiasmo de que soy capaz.

Bien se me alcanza que en los límites en que debo encerrar mis humildes consideraciones, no es dable decir cuanto yo quisiera y merecen las precitadas obras dramáticas, ornato y lustre de la pátria literatura; pero ya que esto no sea posible, expondré, como en compendio y cifra, lo más sustancial de mi opinion sobre ellas. Y como quiera que juzgo á Peon y Contreras nuestro primer poeta escénico, paréceme cuerdo arrojar breve mirada al desarrollo en México, del género poético á que